

Por Carlos Santa



Pintar y dibujar en el tiempo es el asunto central de la animación fundamentada en las artes plásticas. La relación del cine con esos antiguos oficios permite plantear estrategias narrativas en el tiempo, distintas de las convencionales.

Se puede partir de la música. La partitura es la base de la realización de la imagen, donde la notación musical se puede traducir a un número de fotogramas. Tenemos el ejemplo, siguiendo la tradición de Ruttman, McLaren o Erick Bongue en Bogotá, del trabajo de María Angélica Chalela, donde la música es la columna de una película que reinterpreta los sonidos a través del color, el ritmo y la ironía frente a los Lugares comunes (así se llama la obra) que han creado los medios sobre el amor y que la relaciona con los trabajos contemporáneos de Switzgebel.

Sin guión y abandonando la anécdota, dejando que la imagen más cercana al subconsciente sea la que guíe, pasa por ejemplo en los Tres errantes, de Juan Camilo González, una fina reflexión acerca del tiempo en las tres edades de la vida, construida sobre recuerdos y sostenida por una profunda reflexión, que hace pensar en Ablution, de Eric Patrick, y la creación de rituales, de otras formas temporales que intentan salirse de la trágica linealidad que conduce a la muerte. También está Apartamentos, de Simón Wilches, que muestra la cultura contemporánea como un decadente edificio donde se han vaciado los contenidos de los símbolos, de cómo todo ha caído en la dictadura del mercado. Las ideas expresadas en símbolos son las que sirven de base a esta película.

Algunas películas parten de elementos locales, como Troya, de Jorge Acuña, realizada a partir de documentos fotográficos y cinematográficos, donde la intención es agrupar a manera de escenografía años de violencia, cuya cronología sirve de estructura, mientras un niño, personaje principal, envejece. Se pregunta por el alimento que ha recibido su alma en toda su existencia. Lo interesante es que trasciende el fenómeno de una guerra particular y refleja a tantos hijos de las guerras locales en el mundo.

Cercana al documental está Detrás de la mirada ausente, de María Carolina Herrera, sobre el autismo, donde a partir también de imágenes documentales nos muestra, con

conmovedores dibujos, la poesía de todo ser humano.

A su vez, Cecilia Traslaviña, en *Almas santas, almas pacientes*, plantea la soledad y la relación que tenemos con los muertos para mostrarnos cómo el recuerdo y tal vez la muerte son un viaje dentro de nosotros mismos. Por su parte, Ana María Caro, con base en voces grabadas en su infancia y su buen dibujo, nos deja ver el ángulo infantil para interpretarse a sí misma en *Yo me llamo Marian*. Todas cercanas al trabajo de Sheila Sofian por su profundo sentido poético y también por el uso de técnicas del documental animado.

Otra opción es la planteada por Javier Fábregas, Juan Camilo Franco y Camilo Rosas sobre el formato de las películas de ciencia ficción. Hacen una ambiciosa trilogía, *El efecto desintegrador*, que les sirve de pretexto para señalar la decadencia ambiental y moral del mundo urbano contemporáneo.

Están igualmente Diego Robayo y Julián Zalamea con *El oráculo del reino*, en la que la animación artística se combina con el interés pedagógico, o las películas intervenidas directamente de Carlos Montaña, quien de fragmentos de viejas películas en 35 mm hace intervenciones a mano que, reeditadas, cobran un nuevo sentido y nos hacen preguntarnos por nuestra capacidad de producir tanta imagen banal.

En el uso de la tecnología digital, hay variantes; algunos toman por el camino de la interpretación abstracta, como Victoria Bernal, quien a partir de las posibilidades que brindan diferentes programas para construir paletas expresa la fragmentación del hombre moderno, y la otra variante digital reflejada en los trabajos de Andrés Barrientos y su grupo, excelentes películas cercanas al cartoon y basadas en la clásica estructura narrativa, como la costumbrista *American Lady*, de Jesús Barros y Hugo Rivera, que usando una forma convencional de planteamiento, nudo y desenlace, exaltan lo criollo y se burlan de la falta de identidad a la que convocan los medios de comunicación al inventar la realidad. Están dentro de la corriente de Fernando Laverde, quien en este momento realiza una película más en su larga obra. Édgar Álvarez hace películas con estudios locales desde Estados Unidos utilizando el internet, buscando no sólo en el lenguaje sino en la forma de comunicarlo.

Además de las ya mencionadas, ésta es una lista incompleta de películas realizadas en estos últimos dos años y que han sido proyectadas y algunas premiadas en diversos festivales: *Pasajero*, de Óscar Orjuela; *Enriqueta Hyde*, de Cecilia Traslaviña; *El niño serpiente*, de Camilo Cogua; *La escalera*, de Andrés Barrientos; *American Lady*, de Jesús Barros y Hugo Rivera; *Haran Arámbula*, de Lina Pérez; *Bosque de charol*, de Ana María Méndez; *O normal u onírico*, de Pablo Camacho y Silvia Prieto; *Tres*, de Carlos Montaña y Juan José Urrego; *Autoplastinación*, *Ciclo enfermo* y *El retorno*, de Victoria Bernal; *Factum Loquendi*, de Laura Anzola, y *Momentum*, de Adriana Ramírez. Quien quiera profundizar en el tema podrá leer los trabajos de Isleni Cruz, de la Universidad Complutense de Madrid, o los estudios de Camilo Cogua y Ricardo Arce y sus respectivos grupos de investigación.

En fin, la cantidad y variedad de propuestas son sorprendentes. Piénsese en el trabajo de María Paulina Ponce, que hace poco presentó su más reciente animación, *Remedios*. Esta realizadora solitaria se ha inventado un mundo, y por el número y la calidad de sus obras merece capítulo aparte.

A Stephanie Rueckoldt le debemos las bellas obras hechas por niños. Usando técnicas como papel recortado, arena sobre vidrio o tiza sobre tablero, hace recordar a Cocteau, quien decía que el cine sería un gran arte cuando realizarlo fuera tan fácil como dibujar al carboncillo. Preocupada también por la difusión, ha convocado a varios festivales de animación experimental e infantil. Su último logro fue traer el importante festival infantil de *Divercine* desde

Montevideo, donde niños y jóvenes de distintos lugares del planeta comparten los aciertos, problemas y visiones en este nuevo mundo de la velocidad. En tal sentido también se han expresado los jóvenes de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, dirigidos por Ricardo Arce, quienes animan a partir del diseño gráfico; ellos tomaron la iniciativa de vincularse a la Asociación Internacional de Animadores y fortalecer el intercambio de imágenes, de ideas, buscando otras opciones, ya que la ley para difundir el cortometraje no ha servido, pues repite los errores de la ley anterior que autoriza descuentos tributarios a cambio de mostrar unas pocas películas. En cambio, el internet ha abierto un espacio que permite comunicarse de una manera interesante y aún no explorada del todo.

La presencia de la tecnología digital en universidades y estudios privados, como el de Álvaro Bautista y Andrés Forero, y ahora con Carlos Smith y Miguel Yusti, que vuelven de España, ha incentivado el desarrollo del cine independiente, que ya no depende de los altos costos de la cinta y sus procesos. Un cine adecuado a las condiciones económicas de los realizadores y que les permite cierta libertad. También se ha aprovechado la apertura de espacios académicos que producen mientras enseñan, haciendo del proceso un fin en sí mismo, como sucede en las universidades Nacional, Javeriana, la Sabana y en Black María. La primera con la especialización en animación y la segunda con el diplomado en animación experimental se han convertido en centros de producción, más allá de su labor pedagógica.

Hay un acuerdo que viene de diversos lugares del mundo para ver e interpretar el entorno de otra manera. Aquí no nos encontramos con la inmediatez de la noticia ni con el deforme desarrollo del gimnástico teatro isabelino, donde la anécdota es lo central, sino frente a la imagen elaborada que expresa desde diferentes ángulos al hombre contemporáneo, sobre el cual ya se ha operado la mutación antropológica producida por la destrucción de las culturas locales y el establecimiento de megalópolis regidas por los medios de comunicación para instaurar la dictadura del mercado y remplazar la cultura por la moda. Expresamos nuestra desconfianza de románticos frente a la economía que se cree el fundamento de todas las acciones humanas, al racionalismo radical que piensa que la única manera de conocer es por medio de la razón, que en manos filisteas es contabilidad, y a la cual se dedica en la cultura en forma comprensible la empresa privada y también, lamentablemente, el gobierno.

Para las artes plásticas, abordar el problema del tiempo ha significado, aparte de interpretar los seres en movimiento, el desarrollo de problemas técnicos, sobre todo de adaptación a los largos procesos de la fabricación de una película cuadro por cuadro donde cada fotograma pretende ser una obra de arte y al mismo tiempo, como pasa con las notas de la partitura, no ser un instante sino el desarrollo cronológico de la imagen. Óleo, acrílico, tinta, barro, vinilo, tierra vegetal, papel recortado, plastilina, cera, todo sobre múltiples soportes como vidrio, tela, papel, agua, metales, piel y película rayada directamente y que no necesita cámara para su realización; desde el punto de vista técnico, se trata de la combinación de habilidad manual y el conocimiento de técnicas clásicas multiplicadas por la tecnología. Lo notable de estas obras de arte en el tiempo es la afinidad de las visiones plasmadas a partir de los fragmentos de los elementos culturales y de los fenomenales volúmenes de información.

A esos y otros amables problemas dediqué la película El hombre que alquiló su cabeza,

